

Catalina

LA GRANDE

El poder de la lujuria

SILVIA MIGUENS



Colección: Novela Histórica

www.novelanowtilus.com

Título: Catalina La Grande.

Subtítulo: El poder de la lujuria

Autor: © Silvia Miguens

Copyright de la presente edición © 2006 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3^o C, 28027 - Madrid

www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Proyecto editorial: Contenidos editoriales s.r.l.

Director artístico: Carlos Peydró

Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman

Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-340-6

Libro electrónico: primera edición

Dedico estas insuficientes memorias de sus antepasados
al señor Alejandro K.,
porque sólo los fantasmas esenciales nos habitan y
porque a ellos nos debemos,
y a nosotros,
él y yo.

ÍNDICE

A MODO DE PRÓLOGO	11
Capítulo 1	15
Capítulo 2	21
Capítulo 3	30
Capítulo 4	37
Capítulo 5	42
Capítulo 6	46
Capítulo 7	53
Capítulo 8	59
Capítulo 9	63
Capítulo 10	68
Capítulo 11	74
Capítulo 12	81
Capítulo 13	91
Capítulo 14	96
Capítulo 15	101
Capítulo 16	109
Capítulo 17	116
Capítulo 18	127
Capítulo 19	134
Capítulo 20	141
Capítulo 21	149
Capítulo 22	156
Capítulo 23	163
Capítulo 24	171
Capítulo 25	179
Capítulo 26	188
Capítulo 27	199
Capítulo 28	207
Capítulo 29	217
Capítulo 30	229
Capítulo 31	237
Árbol genealógico de la Dinastía Romanov	255

A modo de prólogo

Dicen que hay hombres en cuyas vidas puede verse el espíritu de su tiempo. Lo mismo debe decirse de las mujeres. Mi tiempo es el siglo XVIII, e igual que el siglo es mi vida. Claro que no es fácil ser mujer en un mundo pensado por hombres. No obstante, en mi caso, el ser mujer no ha sido un problema.

Sí la soledad. Aunque la soledad no es producto del espíritu del tiempo, o del ser hombre ni del ser mujer. La soledad es un sino, una marca, un rasgo hereditario o algo así como una malformación congénita. Más adelante, el entorno complementa el cuadro y hace de las suyas con el ser hombre, con el ser mujer y con la soledad.

Aunque no está de más considerar que en ciertas épocas, como en este siglo que me ha tocado ser y habitar, el espíritu del tiempo fue producto de un hombre: Voltaire, según dicen. Y de unos pocos más. Tuve la suerte de alternar muy de cerca con los que considero han sido hacedores del siglo XVIII: Voltaire, Federico de Prusia, Pedro el Grande; además, quiso la fortuna que —nacida en un principado de Alemania venido a menos—

una mujer como yo, por entonces esmirriada, enjuta y contrahecha, pudiese suceder en el trono de Rusia a Pedro el Grande.

Más temprano que tarde heredé su cetro y el amor de su pueblo. También el odio. Pero con el odio supe siempre a qué atenerme; cómo no comprender al enemigo, sus debilidades, sus miserias, su inteligencia precisamente atenta y al servicio del odio. Porque si se pretende ser un buen gobernante, es imprescindible conocer los movimientos que impulsan el odio y la mezquindad del poder.

No es sencillo ser mujer, vivir rodeada de desprecio y maledicencia e intrigas, y decidir aprender del enemigo, el más eficaz de los maestros. Con respecto a los que me amaron, o dijeron amarme, he de reconocer que igual que ellos, he sido siempre un poco necia en el amor.

Por aquellos primeros días de mi infancia, pude reconocer no sólo el odio y algo de amor, sino la genealogía de los reyes y los príncipes, a los que mi madre era adepta. No me fue difícil —al comienzo en su compañía y luego yo sola— internarme en esta cofradía cuyos lazos de sangre atraviesan y trazan las fronteras. Por lo tanto, fue sencillo vislumbrar de cerca y tomar parte de los infinitos cambios del eventual contorno de los mapas. No sólo del mapa de este viejo mundo sino de ese otro que han dado en llamar “mundo nuevo”, porque el general Francisco Miranda, con quien tanto compartí y he debatido, completa la cuadratura perfecta con esos hombres que han cambiado la Historia del Mundo durante el siglo XVIII.

La suerte no es tan ciega como se cree. A menudo es el resultado de medidas fuertes y precisas, —no percibidas por el común de la gente—, que han precedido el hecho. Es también, más especialmente, un resultado de las cualidades de carácter y de la conducta personal; consideré y defendí siempre estas circunstancias.

Nací el 21 de abril de 1729 en Stettin, Pomerania, y por aquellos tiempos me decían Figchen. Así me llamaba mi nana Babet Cardel, y mi tío Jorge Luis. Sólo ellos dos. Mi padre, a quien veía con menos frecuencia, me creía un ángel y decía que era su ángel de la guarda. Y puede que efectivamente fuese de ese modo porque —según les escuché discutir a mis padres,

portazo de por medio— fui engendrada por Johanna-Elizabeth Holstein-Gottorp, de quince años, y por Federico II, entonces de dieciséis, y como aquel matrimonio no era conveniente para el futuro rey de Prusia, casaron a mi madre con Cristian Augusto de Anhalt-Zerbst, que la triplicaba en edad y era un oscuro príncipe de un no menos oscuro principado de Alemania.

De modo que para el príncipe de Anhalt-Zerbst resulté un ángel de la guarda, pues esta adopción, bastante común por esos días y aún hoy, le valió su ascenso a mayor general del ejército prusiano y el beneplácito de Federico, todo a cambio nada menos que de una familia. Cristian Augusto nos rodeó de amor, ternura, seguridad, aunque nunca logró complacer a su esposa. La joven madre consideraba que por su belleza y por pertenecer a la casa ducal de los Holstein-Gottorp, la menuda e inesperada presencia de la recién nacida había truncado su derecho a aspirar a la corona de Suecia, por tanto no se ocupaba de mí. Para mi madre Johanna, yo, su hija, además de inoportuna era una niña fea y endemoniada que le impediría ya ambicionar algún reinado, y ni siquiera ser la madre regente de una hermosa princesa casadera. Sin embargo, como suele sucedernos a casi todas las madres, Johanna-Elizabeth nunca supo mucho de sí misma y equivocó sus percepciones acerca de su propia hija Figchen, o Sofía Federica Augusta o Catalina la Grande. Nunca me conoció del todo.

Capítulo 1

*Creo que a lo sumo me toleraban.
A menudo me reprendían con pasión y con vigor,
y no siempre con justicia.
Figchen*

En cuanto a mí, nunca he dejado de observarme a mí misma como Figchen. Aún en mis momentos de gloria como la zarina de todas las Rusias, y rodeada de los aduladores de turno, siempre me sentí Figchen. Es que gracias a mi nana Babet Cardel y a mi tío Jorge Luis, hermano menor de mi madre, aprendí a llevarme a mí misma de la mano, brindándome mi propia ternura. Durante mucho tiempo, me esforcé por ser el principal objeto de mi amor y de todas mis licencias. Un día me di cuenta de que, pese a todo lo padecido, nací demasiado orgullosa, y la sensación de llegar a ser desgraciada me resultaba insoportable.

En eso, lamentablemente, padecía del mismo miedo que mi madre, aunque con muy distintos atributos. Nada me fue sencillo porque, insisto, no es fácil ser mujer, ni siquiera para alguien que desde mucho antes del primer berrido ostentaba en la palma de la mano las líneas del poder y su condición de emperatriz. Así dijo a mi madre el viejo canónigo con quien solía encerrarse a polemizar acerca del futuro y que cierto día, leyendo las líneas de mi mano, comentó que veía en ellas las tres coronas.

Mi madre rió entonces. Viéndome ahí, en mi silla, un poco ladeada, porque así era yo, con un hombro más elevado que el otro. Imperfecta, contrahecha y necesitada de ternura. Las caricias fueron, y son, mi mayor carencia y la sed. Una sed que suele quemarme la garganta y todo mi ser, con una pasión para la que nunca encontré sosiego, salvo y tal vez en el ejercicio del poder. Pero cómo contarme a mí misma y desde tan atrás.

—¿Qué dice usted? ¿Sofía una zarina?... —había interrogado al canónigo mi madre.

—Las líneas de la mano nunca mienten, Johanna, pero si no cree en las palabras de su confesor, debería confiar en la mirada de su hija. ¿Acaso nunca reparó en su mirada?

—Es tan distinta a las otras niñas. No creo que eso nos sea favorable. A menos que en sus manos pueda descifrar alguna otra línea que muestre sumisión o por lo menos cortesía.

—No hablo de quiromancia, Johanna, digo si alguna vez ha visto en el fondo de sus ojos... Es ahí donde la niña muestra su poder...

Recuerdo que tampoco en esa ocasión Johanna me miró a los ojos. Rehuía mi mirada, y no contestó, porque después de golpear a la puerta, Babet entró. La acompañaba un hombre de contextura pequeña en el que apenas los pómulos eran firmes; el resto era de aspecto frágil, las manos huesudas, flacos los dedos y un poco curvos. Las uñas bien recortadas, seguramente por habérselas mordido y no tanto por pulcritud. Sin embargo, mantenía erguida su espalda y la cabeza. Llevaba el pelo atado con un cordelito. La mancha marrón que le rodeaba uno de los ojos, de azul desleído, se extendía por el cuello y bajo la camisa.

Saludó apenas con un mohín. Babet tomó una de mis manos, y puso la suya sobre mi hombro. Como si de ese modo quisiese ocultar mis imperfecciones, o desorientar al hombre para que se fuese rápido y sin tocarme.

—La señora dirá qué necesitan de mí... —habló el hombre.

—Es por mi hija. El boticario me aconsejó que sea usted quien intente enderezar a mi hija...

—Lo intentaré sólo en cuanto a sus huesos. Ponte de pie, niña.

—Vamos, Figchen... —me insistió por lo bajo Babet.

—Necesito verla sin ropa. ¿Hay un espejo cerca?

—Será mejor que me vaya —dijo el canónigo saliendo rápidamente de la sala.

Babet me quitó el vestido y las enaguas. Cada una de mis protuberancias sobresalía más aún en aquel escuálido cuerpo de nena. El hombre se puso detrás de mí, enfrentándonos ambos al espejo. Observándome por detrás y por delante al mismo tiempo, sopesaba mi falsa simetría. Mi hombro derecho se veía más alto que el izquierdo, la columna vertebral zigzagueaba y el flanco derecho parecía ahuecado, y los pezones asimétricos como toda yo.

El hombre intentó que me estuviese quieta y derecha. Cómo estarlo así, desnuda frente al espejo y ante un desconocido. Alzó uno de mis brazos y lo dejó caer. Alzó el otro y lo soltó. Aferró luego los dos contra mis flancos. Pareció fastidiarse cuando sonreí, o tal vez se molestó por mi estremecimiento con el contacto de sus manos frías. Mi aspecto en el espejo era desastroso.

El disgusto en la mirada de mi madre era cotidiano; aunque, a veces, espiándola desde un rincón a oscuras de su cuarto, podía ver cómo se observaba a sí misma en el espejo, y el resentimiento en sus ojos parecía atenuarse; especialmente cuando se soltaba el cabello. Entonces —creo que más por la sensación de libertad que por saberse tan bella—, por un instante sus ojos adquirirían brillo.

El hombre alzó mis dos brazos al mismo tiempo; grité, y en ese preciso instante mi madre se puso de pie.

—Ocúpate tú, Babet.

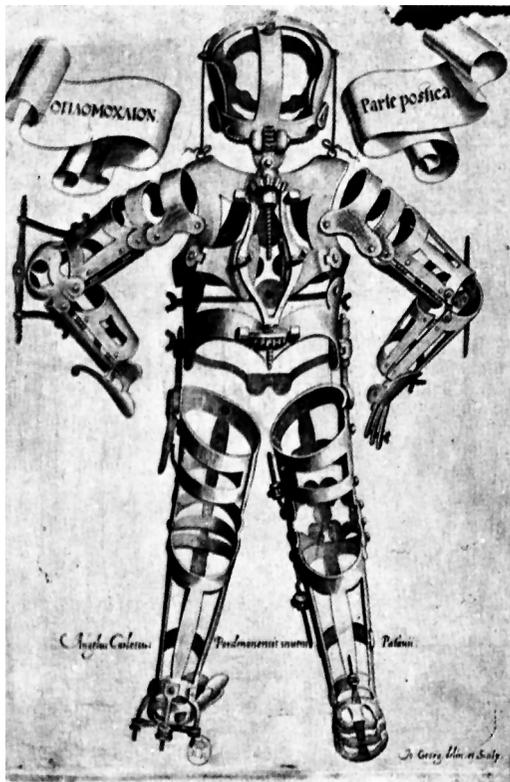
Babet asintió con un gesto impreciso.

Cuando mi madre cerró la puerta tras de sí, y aún cuando sus pasos se alejaban por el corredor y por la escalera, estallaron una a una cuatro campanadas de reloj. En el patio, un jolgorio de niños alborotó a las palomas. Aquel bullicio atrajo mi atención; cuánto mejor era el runrún del juego de los niños, los cascotes de los caballos y las ruedas de un carro chapoteando en los charcos, que el piano de mi madre con sus monótonos acordes.

Pero en ese momento, viéndome aún con los brazos en alto y la rosada aureola de mis pezones expuesta en el espejo a los

ojos del hombre, sólo me tranquilizaba la presencia cercana de Babet. Ella extendió una sábana sobre la mesa y me ayudó a acostarme, como el hombre le había pedido. Añoré aún más el griterío de los niños en el patio y en la calle. Allí estarían Alexander y la pequeña Gigí, Gabrielle, su hermana Betsy y todos los demás esperando por mí.

El hombre, mientras tanto, hacía unos retoques en el corsé que había colgado sobre el respaldo de una silla pequeña. Ajustando broches, encintados de raso y sobre todo el cuerpo entretejido semejante al coto de malla de las armaduras que aún se conservaban en el desván. Tendida sobre la mesa, me aferraba a la mano que Babet dejó abierta sobre mi pecho para que no temblara; con esa habitual ternura de su mirada me sugería paciencia. Cuando estuvo terminado el adfesio, Engelhardt –tal su nombre– me enfrentó a él y pasó mis brazos como por un



Corsé realizado en metal y cuero. El grabado de época se encuentra en la obra “Chirurgica” e ilustra con claridad cuál era el nivel de la tecnología médica con que se contaba en la Europa a principios de 1700.

abrigo sin mangas, ató algunas de las tiras a mis muslos y la entrepierna; pidió a Babet que lo ayudase a darme vuelta sobre la mesa. Fueron cerrando los últimos precintos. No recuerdo cuántos eran, pero eran tantos como para que el momento se volviese lento, doloroso, inolvidable.

Pero entonces, cuando me aprisionó con el corsé que equilibraba la altura de mi hombro izquierdo a la del derecho, el dolor me hizo desfallecer. Sufrí un desmayo, y por mucho tiempo todo perdió sentido y noción de libertad.

Como en sueños, cuando el hombre ciñó las últimas tiras, escuché que Babet le preguntaba qué había sentido al decapitar a Volker Vogel.

El hombre rió estrepitosamente mientras yo recuperaba los sentidos.

—Nada importa decapitar al condenado —dijo—; tampoco el dolor de esta niña cuando intentaba ponerle en orden los huesos. Ambas cosas, y tantas otras peores como la vida misma, son inevitables. No soy quién para juzgar ni decidir. Cuando se acusa, condena y decapita a alguien, ese crimen lo juzga quien aplica la ley. Y si escucho en torno a mí que gritan “verdugo” o “asesino”, sé que eso es parte de las reglas del juego; sólo cumplo con el trabajo que se me paga, igual ahora con esto de enderezar lo torcido de la niña. Y ella es muy fuerte... Mire sus ojos.

—No dudo de la fuerza de Figchen, sólo que no puedo imaginarme cómo puede usted decapitar o ahorcar a alguien con la misma naturalidad con que coloca este corsé.

—Debo dar de comer a mis hijos.

—No es razón suficiente.

—Con mi trabajo de verdugo evito que los ciudadanos comunes se vean en la necesidad de hacer justicia por su cuenta. No es bueno para nadie cargar su conciencia con un linchamiento o un asesinato, que finalmente no sería justicia sino venganza.

—¿Y cómo sabe usted que con dar muerte a un humano... se ejerce la justicia? ¿Cómo saber si ese “acto de justicia” no es un simple acto de injusticia...?

—Babet... —terció el tío Jorge Luis, que acababa de entrar.

—Dice bien —aceptó el hombre—. Nada sé. Es imposible saber, y tampoco es mi función. Veamos si la niña puede ponerse de pie.

—Tal vez debería dedicarse a acicalar los caballos de los que gobiernan, y conformarse con ser un peón más de sus caballerizas, limpiarles las botas, lavar y peinar las pelucas.

—Lo intentaré también cuando se me pida algo así. Si fuese suficiente para dar de comer a mis hijos, haría una cosa y no la otra... —aseguró, y eso fue lo último que pude escuchar.

No supe que otra cosa dijo Babet. O no recuerdo. O quise olvidar. Probablemente volví a desmayarme cuando comprendí que aquel hombre de aspecto endeble, Boris Engelhardt, era el verdugo de Stettin y sus alrededores, y regresaría a mi lado durante varios años, una vez cada doce días, para que pudiesen higienizarme mientras él, colocando el corsé en un maniquí de costura, hiciese los ajustes del caso de los dieciséis pasadores de metal: alargaba las correas y variaba la posición de los cerrojos, según el corsé fuese quedando pequeño en este cuerpo que, aunque un poco contrahecho, como él mismo predijo crecería fuerte y erguido hasta convertirme en una interesante mujer. Mujer casadera de diez años. Y todo gracias a la paciencia de aquel hombre tan atento conmigo y tan injustamente brutal con tantos otros; que para ejercer esa otra profesión de brazo de la ley, sólo exigía usar una capucha para protegerse a sí mismo —y a los ajusticiados— del horror de la mirada, del horror que causaba su propia mirada.